

LAVAR LA CARA DE JACKSON¹

Al examinar en su obra *La era de la revolución, 1789-1848*^o la ola de efervescencia política que en torno a 1830 dio lugar al derrocamiento de los Borbones en Francia, a la independencia de Bélgica de los Países Bajos, a la emancipación católica en Irlanda, a la Ley para la Reforma Parlamentaria en Inglaterra y al estallido de sendas guerras civiles en España y Portugal, Eric Hobsbawm consideró que la elección de Andrew Jackson como presidente de Estados Unidos fue el avance popular más radical de la época. Desde un punto de vista comparativo, en su presidencia despuntan dos hitos. Por una parte, el electorado que aupó a Jackson al poder en 1828, con un porcentaje del 56 por 100 de los votos, fue holgadamente el más numeroso de la historia, ya que la participación, por encima del millón de votantes, fue tres veces mayor que en las elecciones de 1824. Asimismo, la movilización social generada por esta mayoría fue obra del primer partido político de masas moderno. El segundo hito fue más original que el primero y, en todo caso, juntos representaron una transformación perdurable de la democracia estadounidense, de cuya importancia nunca ha dudado la posteridad. La reputación del hombre que personificó este cambio sigue siendo mucho más contestada. En su propia época, Jackson fue aclamado por muchos como un demócrata heroico, el ideal del hombre hecho a sí mismo que alcanzó el escalafón más alto del país plantando cara a los privilegios sociales y siendo verdugo del «*monster bank*»^{**}, además de paladín de la nación y aguerrido campeón del pueblo. Otros, sin embargo, le consideraron el «Rey Andrew», un tirano inclinado a generar divisiones, conducido por mezquinos prejuicios personales, desdeñoso hacia la ley de la tierra e implacable con los débiles, que corrompió el gobierno con el *spoils system*^{***} y acabó con la prosperidad de la nación a causa de su obsesión por la moneda fuerte.

¹ Sean Wilentz, *Andrew Jackson*, Times Books, Nueva York, 2005, 195 pp.

^o Eric Hobsbawm, *Age of revolution, 1789-1848*, Nueva York, Vintage, 1996 [ed. cast.: *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 1997].

^{**} Banco monstruo, nombre que los caricaturistas de la época daban al Second Bank of America. [N. de la T.]

^{***} Reparto de los cargos federales entre los miembros de su partido. [N. de la T.]

Los acontecimientos que jalonan la vida Jackson definen una azarosa existencia. Nació en 1767 en el seno de una familia humilde de padres de origen escocés-irlandés, inmigrantes del Ulster, en las antiguas tierras de los pueblos *catawba*, un territorio fronterizo entre Carolina del Norte y del Sur conocido por su oposición a las elites del este. A los catorce años sirvió en las filas de la insurgencia contra Jorge III. Capturado por los británicos, un oficial le hirió con una espada provocándole una hendidura en el cráneo y Jackson nunca perdonó este ataque. Durante el resto de su vida siguió creyendo que los británicos pretendían reconquistar el continente. Tras la muerte de su madre, ocurrida poco tiempo después, se convirtió en un joven juerguista y llegó incluso a dilapidar una herencia inesperada recibida de un abuelo irlandés. Sin embargo, su conocimiento de las leyes pronto fue suficiente como para que con veintidós años un compañero de correrías le nombrase fiscal de la zona fronteriza de Tennessee, que aún no era un Estado. En su camino a Tennessee compró su primera esclava. Al igual que otros ambiciosos presidentes posteriores a él, Jackson medró en la escala política y social a través de su matrimonio con la hija de un tasador y especulador de tierras. En la frontera, prosperó gracias al cultivo de algodón, especulando con la tierra y comerciando con esclavos. Recién superada la treintena se convirtió en el primer congresista de Tennessee y, un año después, logró ser Senador durante un breve espacio de tiempo antes de abandonar el cargo por un lucrativo empleo como juez de distrito en su tierra natal.

Sin embargo, el verdadero salto político de Jackson llegó del mundo militar y no de las salas de los juzgados. Pendenciero de tiro fácil, duelista y belicoso, así como ávido de alcanzar el mando militar, encontró su oportunidad en 1812 al estallar la guerra contra Inglaterra. Enviado al sur por Madison para reducir el peligro de cualquier alianza de los indios insurgentes con los británicos o con los españoles en Florida, aplastó una pequeña sublevación de los indios *creek* desatando un odio proverbial contra el enemigo con una masacre ejemplar. Jackson fue autorizado a dictar los términos de la rendición que implicó la confiscación de más de la mitad de las tierras de los *creek* –un territorio que se extiende por la mayor parte de la actual Alabama y una parte considerable de Georgia– con independencia de si la población había o no participado en la lucha contra él. Poco tiempo después, cimentó su gloria militar con una victoriosa defensa de Nueva Orleans contra una ofensiva británica en una batalla librada sin que ninguna de las partes supiera que la tinta con la que se había firmado el Tratado de Gante que puso fin a la guerra estaba ya seca. No obstante, Jackson fue homenajeadado como un segundo Washington que había salvado la nación (tras el humillante incendio de la Casa Blanca por parte de las fuerzas del almirante Cockburn) en su segunda prueba de fuego contra Gran Bretaña.

Ya como general y al mando de las fuerzas militares de Estados Unidos en el Sur, Jackson se aseguró su permanencia en la esfera pública con una serie de anexiones y avanzadillas más allá de las fronteras de la Unión.

En la misma época, promovió operaciones de limpieza étnica. Argumentando que blancos e indios no podían coexistir en una pacífica vecindad, llevó a cabo el desplazamiento de cherokees, choctaws, chickasaws y creeks al otro lado del Misisipi, en teoría para compensar la pérdida de sus tierras en el este pero en la práctica causando también una gigantesca pérdida de vidas humanas. En 1818, con el pretexto de una expedición de castigo contra los seminolas y sin ninguna previa declaración de guerra, se apoderó de la Florida española y ordenó ahorcar sumariamente a dos británicos con la vista puesta en Cuba como próximo objetivo a conquistar. Estas acciones, que desataron una auténtica tormenta política en Washington, fueron pronto olvidadas ya que finalmente condujeron a la segregación de la península de Florida del dominio español mediante el Tratado de Adams-Onís de 1819. Con más indios muertos y más territorios conquistados, la estrella de Jackson se abrió paso en el firmamento político.

En 1824 Jackson estaba ya preparado para acceder a la presidencia. El Partido Republicano creado por Jefferson, todavía abrumadoramente dominante, estaba dividido en facciones regionales capitaneadas por Adams en el noreste, Clay en el oeste, y Crawford y Calhoun en el sur. Esta situación permitió a Jackson entrar en una reñida contienda en la que consiguió atraer más votos del pueblo que ninguno de sus oponentes. Dado que el Colegio Electoral se mostró incapaz de alcanzar un acuerdo respecto al candidato, la elección se trasladó al Congreso, donde Henry Clay, que detestaba a Jackson por considerarle un vividor desdeñoso de la legalidad, otorgó la presidencia a Adams que, a su vez, nombró a Clay secretario de Estado. Aprovechando estas corruptelas y haciéndose con el papel de rebelde audaz que desafiaba a un *establishment* injusto, cuatro años más tarde Jackson ganó las elecciones con una rotunda victoria.

Una vez en el poder, las prioridades de Jackson fueron, por una parte, purgar al funcionariado con el fin de instalar a sus simpatizantes en todos los niveles de la burocracia federal y, por otra, proseguir con las medidas de limpieza étnica aprobadas por el Congreso mediante la *Indian Removal Act* (Ley para el Traslado de los Indios) de 1830. Después vino el asalto al Second Bank of América, controlado por el Congreso pero de propiedad privada, que Jackson consideraba un baluarte de la riqueza monopolista y la corrupción política. Esta popular campaña contra los «intereses de los adinerados» le ayudó a conseguir su segunda victoria en 1832, cuando el poder aglutinante de la nueva maquinaria del Partido Demócrata, la primera organización de masas del país, funcionaba ya sin traba alguna. Si bien en 1828 Jackson lideraba sólo una facción del partido, en 1832 podía contar con el apoyo de los cónclaves de la organización en todo el país, a escala tanto estatal como local. Sus últimos años en el cargo se caracterizaron por las disputas arancelarias con Carolina del Sur, por el empeño en censurar la correspondencia abolicionista hacia el sur, y por la burbuja especulativa que estalló justo después de su salida del gobierno. Además, el Estado de Texas le fue arrebatado a Mé-

xico aunque Jackson no logró anexionarlo de facto a la unión, y los nativos norteamericanos siguieron sufriendo asesinatos y deportaciones en masa, todavía con mayor intensidad. Su legado quedó garantizado de manera inmediata tanto por la elección en 1836 de Van Buren (su administrador y lugarteniente durante mucho tiempo), como de una manera más rotunda por la victoria electoral de James Polk en 1844, sin duda el adalid de la expansión con más victorias en su haber de la historia de Estados Unidos.

Jackson polarizó a la opinión pública estadounidense estando en vida, y ha dividido el parecer de los historiadores desde entonces. El retrato que le dedica Sean Wilentz, escrito para una serie editada por Arthur Schlesinger, se inspira en gran medida en su reciente obra *Rise of American Democracy** –en la que Jackson tiene una presencia mucho más frecuente que Jefferson o Lincoln–, de la que su nuevo libro puede considerarse una destilación biográfica. Aunque el «Old Hickory» (viejo nogal), como era apodado Jackson, no es un objetivo fácil para la hagiografía política, Wilentz se revela capaz de aprovechar la ocasión. Autor bien considerado en la década de 1980 por su obra *Chants Democratic*** , un estudio radical sobre la primera clase obrera industrial en Nueva York en sintonía con la tradición de Edward Thompson, en los últimos años Wilentz ha llamado la atención del público por su intensa identificación con el Partido Demócrata y su último presidente. «Amigo de la familia» de Clinton, e íntimo de su asesor Sydney Blumenthal, cuya apología del presidente fue el encargado de revisar, Wilentz adquirió prominencia cuando se dirigió apasionadamente al Congreso para advertir de que someter al presidente al *impeachment* (proceso de destitución) «dejaría la presidencia permanentemente desfigurada y disminuida, al albur como nunca antes de los caprichos del Congreso» y para afirmar que «la Presidencia, que ha sido históricamente el núcleo del liderazgo en los momentos más difíciles, quedará incapaz de enfrentarse a los inevitables desafíos del futuro». Hasta *The New York Times* lo encontró excesivo. Si bien ensalzó a Clinton por emprender la guerra de los Balcanes («fue el primer Presidente estadounidense en detener un genocidio»), explica a *Rolling Stone* que su sucesor (a pesar de su «buena nota por la caída de los talibanes») es el peor presidente de la historia de Estados Unidos. De hecho, el republicanismo moderno es un nocivo descendiente del partido *Whig*, creado para frustrar la democracia jacksoniana durante las décadas de 1830 y 1840. Con estas interpretaciones se prepara la escena para la revalorización del hombre que éste partido vilipendió. El origen y el resultado de la epopeya estadounidense se articulan en un enrevesado bucle temporal, en la medida en que las diatribas de Wilentz contra los detractores de Jackson –literatura de perdedores– son las mismas que usa contra los críticos de

* Sean Wilentz, *The Rise of American Democracy. Jefferson to Lincoln*, Nueva York, W. W. Norton, 2005.

** Sean Wilentz, *Chants Democratic. New York City and the Rise of the American Working Class, 1788-1850*, Nueva York, Oxford University Press, 1984.

Clinton en el otro extremo de la narrativa demócrata: el «estilo contundente» de Jackson, aquél que estableció «los cimientos de la presidencia democrática moderna» se ve amenazado por el proceso de destitución que pende sobre Clinton.

El argumento central de Wilentz es que Jackson tenía un cuerpo coherente de ideas políticas que sostenían su proceso de toma de decisiones. Era completamente jeffersoniano en su aversión por el excesivo gasto gubernamental, su creencia en la expansión hacia el oeste, su apoyo a la «gente corriente (naturalmente blanca)», su estricta interpretación de la Constitución, sus sospechas hasta el grado de la paranoia respecto a los «intereses de los adinerados» y su idea de que el gobierno federal no debe ni crear ni proteger los privilegios de las elites. Su gran logro fue gobernar la nación en el espíritu de estos principios populares. En palabras de Wilentz, «la preeminencia de la democracia fue el gran triunfo de Jackson» así como la «razón suprema por la que su legado mantiene su esplendor». Esta afirmación resulta algo vacía al ser formulada de manera tan simplista. La expansión del electorado estadounidense fue anterior a Jackson, que en realidad no hizo nada por desarrollarla. Si bien es cierto que su presidencia *respondió* a cambios tales como la apertura del sufragio a todos los varones blancos adultos en casi todos los estados, la intensificación de las esferas separadas para hombres y mujeres, el auge de la organización de la fuerza de trabajo y, por supuesto, el resurgir de la religión, desde luego no los *creó*. La principal novedad de su presidencia subyace en la construcción de una maquinaria política moderna capaz de integrar las fuerzas populares generadas por estos cambios, a diferencia de lo ocurrido con las transformaciones culturales de gran alcance registradas en el periodo que Charles Sellers denominó «la revolución del mercado». Sin embargo, el verdadero arquitecto del progreso del Partido Demócrata fue Van Buren más que Jackson, que no compartía con aquél ni su talento organizativo ni intereses similares. En el plano intelectual, Jackson era el más radical de los dos, ya que por ejemplo pretendió, al menos en un primer momento, llevar a término una serie de modificaciones de gran calado en la Constitución como la abolición de los Colegios Electorales y la elección directa de senadores y jueces federales; sin embargo, resulta significativo, que ninguna llegase a buen puerto. Jackson nunca hizo campaña a favor de reforma alguna en el sistema político que tuviera un cariz democrático. Su liderazgo era esencialmente plebiscitario, apelaba al atractivo de una figura militar fuerte. Por su temperamento era un autócrata natural que encajaba bien en ese papel, no así los *political generals** que le sucedieron, como Harrison, Grant o Eisenhower.

* Se denomina *political general* a un militar sin experiencia significativa al que se le ha concedido una posición de mando debido a sus conexiones políticas. Se trata de un concepto muy utilizado en los análisis sobre la Guerra Civil en Estados Unidos. [N. de la T.]

Tampoco el legado económico de Jackson es en sí mismo muy sustancioso. Su ataque al *Second Bank* estaba alimentado por la convicción de que, tal y como lo explica Wilentz,

Una política gubernamental incorrecta es aquélla que garantiza los privilegios de los adinerados irresponsables que están consolidando su posición así como los de aquellos que ya disfrutaban de una buena situación. Un gobierno sólido y moderado supone poner fin a dichos privilegios y aliviar a la gente corriente, a los «más humildes de la sociedad», del peso que suponen los ricos.

Sin embargo, debido a su desconfianza hacia el sistema bancario federal y a su aversión hacia el papel moneda, Jackson no pergeñó una alternativa coherente como hubiera sido un sistema de crédito popular. El resultado fue un tortuoso y caótico segundo mandato, en el que redistribuyó los depósitos federales en pequeños bancos estatales, dejando a un contrariado *Second Bank* en competencia con éstos. Esto produjo una burbuja inflacionista debido a la multiplicación de los préstamos para la adquisición de tierras y para otras inversiones especulativas. El propio Wilentz reconoce «la participación del gobierno en la generación de un comercio fraudulento con la tierra» y del que Jackson fue en la práctica responsable. Más tarde, sin embargo, su Administración, en principio comprometida con una política de moneda fuerte, comenzó a exigir los pagos por las tierras en dinero efectivo, lo que a la postre fue uno de los factores clave que contribuyeron al posterior colapso financiero, sólo superado cuando el presidente abandonó el gobierno (en este caso sí que se dio una genuina analogía con Clinton).

El torpe acercamiento de Jackson a sus oponentes durante su mandato tampoco le reportó mejores resultados en el otro conflicto económico de importancia con el que se enfrentó en torno a la cuestión de los aranceles en el año 1828. El aumento de los precios de las mercancías extranjeras golpeó con más fuerza a los Estados sureños, menos industrializados y por lo tanto más dependientes de las importaciones. El sur percibía, con razón, que estaba pagando por la protección de la industria del norte y el desarrollo de su infraestructura. Carolina del Sur, el estado con más esclavos per capita de la Unión, lideró la oposición a los aranceles y los declaró contrarios a la soberanía del Estado y, por lo tanto, nulos. Indignado por esta amenaza secesionista contra la Unión, Jackson envió a la armada al puerto de Charleston con el fin de demostrar la determinación federal en lo tocante a la recaudación de impuestos y logró que el Congreso aprobase la *Force Bill*, que le permitía atacar a los que se le opusiesen si persistían en ello. Sin embargo, y a iniciativa de Clay, el Congreso suavizó la carga fiscal lo que hizo que el conflicto se agotara y que a su término ambos bandos reclamasen la victoria. Wilentz alaba a Jackson por su «fortaleza y astucia» en la resolución de la crisis, aunque en realidad el episodio fue en gran parte puro teatro. Detrás, se escondía una tensión insoluble entre la creciente hostilidad hacia la esclavitud en el norte y la airada reacción contra el abolicionismo en el sur.

En este caso, naturalmente, el «Viejo Nogal» actuó para sofocar la crítica al sistema en el que había fundado su fortuna personal. El compromiso de Jackson con la esclavitud, tan turbio como todo lo que a él se refiere, es obviamente incómodo para la encomiosa loa de Wilentz, ya que pone en riesgo la reputación de su héroe frente a un importante sector del actual voto demócrata. Pero para el autor esto supone un desafío. «Es fácil juzgar a Jackson bajo los patrones neoabolicionistas, condenarle como propietario de esclavos e incluso como defensor de la esclavitud», afirma, pero «dichos veredictos, sin embargo, a menudo tienen más que ver con la mojigatería egocéntrica de la posteridad que con la historia». Sin lugar a dudas, Jackson era a su manera el típico propietario de esclavos, y «podría ser considerado proesclavista, si no fuera porque en 1830 la gran mayoría de los estadounidenses blancos, incluyendo la gran mayoría los norños abolicionistas, palidecían ante la posibilidad de una sublevación por parte de los esclavos». Exculpar a Jackson mediante esta anodina explicación resulta cuando menos cándido. En opinión de Wilentz, Jackson se movía por un loable deseo de salvar la unidad de la democracia estadounidense de las riñas secesionistas, a la manera de un tosco predecesor de Lincoln.

Es necesario un esfuerzo mucho mayor para valorar positivamente el intento de Jackson de construir una república *Herrenvolk* (pueblo dominante) libre de indios. En esta ocasión, las acrobacias intelectuales de Wilentz son verdaderamente ejemplares. Su Jackson, «sincero, pero con un paternalismo exento de sentimentalismo» sólo deseaba el bien de los pueblos indígenas y sólo acababa con sus vidas cuando ellos lo «provocaban»; aunque el propio autor, un par de páginas atrás, deja deslizarse que era un «ogro que aborrecía a los persistentes indios». Los indios «no persistentes» eran aquellos que aceptaban su desplazamiento «voluntario» desde sus tierras ancestrales a «refugios seguros» para su propia protección (¿kurdos del siglo XIX?), rescatándoles de la destrucción que de otro modo caería sobre ellos. Si estas operaciones no transcurrieron con tanta «suavidad y benevolencia» como Jackson esperaba, esto no fue sino un desafortunado resultado que de ninguna manera pretendió. Su único error fue el excesivo celo financiero. «Determinado como estaba a minimizar los gastos federales y a acabar con la deuda estatal», escatimó en los fondos destinados al «cuidado y protección de los realojados». Las críticas de la época, a las que Wilentz no dedica más que unos pocos párrafos, en los que minusvalora la fiera resistencia de los indios, estaban según el autor repletas de hipocresía y pseudofilantropía, incapaces de entender, como entendía Jackson, que la existencia de naciones independientes y soberanas como la de los cherokees era inconstitucional. Ciertamente, «con el fin de salvar a los indios, la política de Jackson también acabó con miles de ellos», pero atacarle en demasía por esta razón supone «confundir la tragedia con el melodrama».

En esta repelente casuística, que sistemáticamente lava la imagen de un programa homicida de limpieza étnica, hay una palabra que sobresale:

tragedia. Aparece página tras página a modo de empalagoso eufemismo. Parece haber «numerosas tragedias» en la presidencia de Jackson, «trágicos límites» a sus puntos de vista y «trágicas dimensiones» de sus logros. Incluso su postura ante la esclavitud era, «en última instancia», trágica. La función de este término no es sólo absolver a Jackson de su responsabilidad central en el robo y exterminio en masa de los deportados, sino envolverla en un manto de dignidad shakesperiana. Michael Rogin, en su todavía inigualable retrato publicado en 1975, *Fathers and Children*^{*}, no deja lugar a la duda en lo que se refiere a las políticas, a la par condescendientes y homicidas, perpetradas contra los que Jackson llamaba sus «niños rojos». Sin embargo, tras lamentarse de la mojigatería de la posteridad, Wilentz finaliza el libro afirmando que Jackson sentó las bases de los más nobles valores del presente. «Si bien es cierto que sus patrones de igualdad y justicia se encuentran por debajo de los nuestros, sin duda contribuyó a hacer posible que las expectativas y patrones actuales se encuentren en los niveles de hoy en día» [*sic*]. Tras tanta sensiblería es un alivio volver la mirada hacia un relato más sólido de lo que fue en realidad la era Jackson: la obra *Special Providence*^{**}, de Walter Russell Mead. Su admirable retrato de una comunidad ruda y xenófoba, despiadada con los forasteros y los desertores, rígida en sus códigos de honor y violencia, también establece vínculos, en este caso más reales, con el presente. Igualmente originario de Carolina del Sur, Mead reconoce la veta jacksoniana existente en la cultura política de Estados Unidos en la principal base popular de apoyo a la guerra de Iraq.

^{*} Michael Paul Rogin, *Fathers and Children*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1991.

^{**} Walter Russell Mead, *Special Providence*, Nueva York, Routledge, 2002.